vino caliente despiertan los deseos; un cielo luminoso nos alegra, un cielo sombrío nos entristece. Desde el momento en que somos engendrados, entramos en un océano de materia en circulacion. Lo que somos lo debemos un poco á nuestros abuelos, á nuestra nodriza, á nuestro país, á nuestra educacion, al aire, al tiempo, al sonido, á la luz, á nuestro régimen, á nuestros vestidos (1).

Tales son los hechos positivos, confirmados por las ciencias fisiológicas é invocados por la escuela materialista, para declarar que las facultades intelectuales son un producto de la sustancia cerebral. Hemos presentado esa exposicion tanto para enterar al enemigo que combatimos, cuanto para ofrecer materia de reflexion á los espiritualistas demasiado cándidos que creen siempre resueltos los problemas.

En nuestro capítulo siguiente presentaremos á los señores materialistas tres cuestiones solidarias, desafiándolos para que respondan á ellas, y que dan en tierra con toda su palabrería. Entre tanto, necesitamos ocupar su atencion primero acerca de la solidez de sus supuestas explicaciones.

Ante todo advirtamos que no hay ninguna ley exclusiva sobre la correspondencia del cerebro y del pensamiento. No está rigorosamente demostrado: 1.° que el peso del cerebro aumente hasta la edad madura y disminuya despues (Sœmmering coloca el máximun á los tres años, Wenzel á los

una nota que en otra de nuestras publicaciones pusimos sobre dicha voz, y es como sigue: «El original dice de esta manera: *Cet état de l' âme est la rêverie.* No encontrando en español palabra equivalente á lo que aquí se expresa por *rêverie*, se nos ha ocurrido la formacion de una. Sabido es que las acciones de los verbos *pasear, mencar, tirotear, escamotear, aletear, repiquetear*, y otros que terminan del mismo modo, son *paseo, menco, tiroteo, escamoteo, aleteo* y *repiqueteo.* Pues bien: habiendo en español el verbo neutro *Fantasear*, que es «dejar correr la fantasía ó la imaginacion por varios objetos,» *huc illuc imaginando vagari*, creo que puede decirse *Fantaseo*, la accion de fantasear. Por tanto, *rêverie* tendrá ya una acepcion mas que es *fantaseo*, y el verbo francés *rêver* significará tambien *fantosear.* Si hay alguno que dude de mi autoridad para crear una voz é introducirla en el lenguaje, le responderé con Cervantes en el cap. 45 de su QUIJOTE, donde dice: «...*crutaciones*: y cuando algunos no entiendan estos términos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso.»

(El Trad.)

(1) Moleschott, II, p. 194.

siete, Tiedemann á los ocho, Gratiolet á la vejez, etc.); 2.° que la inteligencia del hombre esté en relacion con el peso (los cráneos de Napoleon, Voltaire y Rafael no pasan de un término medio); 3.° que una frente ancha sea indicio del genio (M. Lelut ha demostrado que los idiotas tienen de ordinario la frente muy desarrollada, y que es imposible establecer relaciones exactas entre la inteligencia y la medida del cráneo); 4.° que la locura sea siempre causada por una lesion en el cerebo; pues por el contrario parece ser una afeccion psicológica (Esquirol, Lelut, Luret, Georget y Ferrus han confirmado que la locura no vá acompañada de lesiones sino en el caso en que esté complicada de enfermedades orgánicas). Nuestros adversarios tienen conciencia de la dificultad de la cuestion, y han buscado en otra parte la causa material de la inteligencia, por ejemplo en el fósforo, de que hemos hablado. Se ha creido encontrar un 4 por 100 de fósforo en el cerebro de los enagenados, 2,50 por 100 en el cerebro ordinario, 1,50 y 1 por 100 en el de los imbéciles. Pero ¿se necesita hacer notar que no hay ley absoluta, que todas estas explicaciones no son satisfactorias, y que en suma no existen estas diferencias?

Veamos ahora si los hechos expuestos mas arriba prueban tan clara y tan perentoriamente como se supone, que el pensamiento no es mas que una funcion fisiológica del cerebro, y que el alma es un atributo de la materia.

Lo esencial del problema es decir si el cerebro es un órgano al servicio de la inteligencia, ó si la inteligencia es una creacion del cerebro, hija y esclava de la sustancia cerebral.

Bajo otro aspecto, siempre es la misma cuestion de la fuerza y de la materia: ¿la fuerza domina la materia ó bien la obedece?

Estos señores declaran, por sí y ante sí, que *es evidente* que la fuerza es un atributo de la diosa materia, y que el alma no es mas que una ilusion de sí misma que cree en su personalidad, siendo así que no es mas que la resultante pasajera de cierto movimiento del fósforo ó de la albúmina en los lóbulos cerebrales.

Si esta grosera explicacion está tan bien demostrada y es tan *evidente* para nuestros adversarios, confesamos francamente que está llena de oscuridad para nosotros, y que nos parece actualmente imposible que pruebe nada bajo este concepto. No solamente la fisiología del cerebro está todavía en la infancia, sino que segun el parecer de los fisiólogos mas eminentes, las relaciones del cerebro y del pensamiento son completamente desconocidas.

No cabe duda de que el estado del alma está ligado al estado del cerebro; no cabe duda de que la debilitacion del segundo da lugar al desfallecimiento de la primera; no hay duda tampoco en que el niño y el viejo (aunque en esto haya muchas excepciones) raciocinan con menos lucidez, con menos rigor que el hombre maduro; y no cabe duda de que una lesion en el cerebro trae consigo la pérdida de la facultad correspondiente... ¿pero qué prueba esto, si el cerebro es el instrumento necesario aquí abajo y *conditio sine qua non* de las manifestaciones del alma?—¿Si en vez de ser la *causa*, no es mas que la *condicion?*

Si el mejor músico del mundo no tuviese mas que un piano al que le faltasen muchas teclas, ó bien un instrumento defectuoso en su construccion, ¿seria legítimo negar la existencia de su talento músico, por la falta del instrumento, cuando á su mismo lado otros artistas poseedores de instrumentos en perfecta relacion con el órden de sus facultades, hacen admirar estas facultades á quien quiere oirlas?

Por mas que Broussais se burle del musiquillo oculto en el fondo del cerebro, no dejará de estar aquí precisamente el nudo de la dificultad. No hagamos círculos viciosos. Esto es verdaderamente el primer punto que hay que examinar. ¿Es el alma una fuerza personal que anima el sistema nervioso?

La primera respuesta al problema se la ha dado el hecho relatado mas arriba de que los hemisferios cerebrales presenten tantas mas sinuosidades y meandros, y circunvoluciones tanto mas irregulares, cuanto *mas pensante* es el individuo á que pertenecen.

¿No parece que precisamente sea esto porque el pensamiento, independiente y activo, haya trabajado fuertemente en esta cabeza; porque se haya replegado muchas veces sabre sí mismo, que se haya estremecido bajo las angustias de la ansiedad, las garras del temor, los éxtasis de la dicha; que haya investigado, meditado, profundizado problemas; que á su vez se haya revelado y sometido; en una palabra, que haya desempeñado afanosas tareas bajo este cráneo, que la sustancia que le servia para comunicar con el mundo exterior ha conservado las huellas de estos movimientos y de estas vigilias?—Esta es al menos nuestra opinion, y creemos que seria difícil demostrarnos lo contrario.

Un anatómico de Bonn, Albert, ha disecado el cerebro de algunas personas que se habian entregado á un trabajo intelectual durante muchos años, y ha encontrado que la sustancia de todos estos cerebros estaba muy firme, la sustancia gris y las anfractuosidades muy sensiblemente desarrolladas. Si por otra parte observamos con Gall, Spurzheim y Lavater que el cultivo de las facultades superiores de nuestro espíritu se revela en nuestro rostro y en nuestra cabeza; si visitamos el museo de antropología de París y notamos en la rica coleccion de cráneos debida á las investigaciones del eclesiástico Frére, que los progresos de la civilizacion han dado por resultado elevar la parte anterior del cráneo y deprimir la parte occipital, podremos sacar de estos hechos una consecuencia diametralmente opuesta á lo que sacan de ellos nuestros adversarios, y afirmar que *el pensamiento rige la sustancia cerebral.*

El trabajo del espíritu sobre la materia, ¿no está claro como la luz? y las deducciones, ¿no vienen por sí mismas á abrir el paso triunfal á nuestra doctrina?

A propósito de deducciones no podemos dejar de admirar cuan fácil es sacar de los mismos hechos consecuencias enteramente contrarias: todo depende de nuestra disposicion de ánimo; y era cosa de desesperar de los pregresos de la teoría, si la mayoría de los hombres tuviese el carácter mal formado. Por ejemplo, se ha hecho la experiencia de que algunos enagenados habian recobrado á veces la conciencia y la razon poco tiempo antes de su muerte. Los espiritua-

listas habian deducido de aquí que las almas de estos desventurados volvian despues de un dilatado aislamiento al conocimiento de sí mismas y á la libertad de accion sobre el cuerpo, y que en este momento supremo, les era permitido abrir la mirada de su conciencia, sobre el tránsito de esta vida á la otra. Los materialistas invocan al contrario este argumento en su favor diciendo que la cercanía de la muerte libra al cerebro de las influencias penosas y morbíficas del cuerpo (1).

La misma anatomía fisiológica se vé mas apurada de lo que parece para determinar relaciones del estado del cerebro con la locura; y mientras unos, como los que hemos citado, encuentran mucho, otros, no menos hábiles no encuentran nada, absolutamente nada. Así es que el alienista M. Leuret, declara que no se encuentra alteracion en el cerebro sino en el caso en que la locura está acompañada de alguna otra enfermedad, y que estas alteraciones son tan variables y tan diferentes que no se cree autorizado para presentarlas afirmativamente como causas verdaderas. Así como á propósito de las anfractuosidades de que hablabamos hace poco, se podrian igualmente ver efectos en ellas.

Cuando nuestros adversarios añaden que los casos de enagenacion mental protestan contra la existencia del alma, no se encuentran mas autorizados para defender su sistema. Dos hipótesis se hallan frente á frente para explicar la locura. O hay en el cerebro una lesion, ó no la hay. En el primer caso, la falta de instrumento no prueba la ausencia del ejecutante, en el segundo el problema queda reducido al órden mental. Mas aun, el primer caso puede entrar en el segundo si se admite, como hace creerlo la experiencia, que la locura, causada ya por un dolor, ya por un terror repentino, ó por una profunda desesperacion, tiene en todos los casos *su orígen en el sér mental*, que obrando contra el estado normal del cerebro produce en él una alteracion cualquiera. Aquí tambien es evidente que el sér pensante es el que sufre y determina en el organismo un desarreglo correspondiente á este padecimiento.

(1) Büchner, loc. cit., p. 126.

Y en efecto se ha demostrado que las alteraciones no se encuentran sino en las locuras ya antiguas, como si el espíritu fuese en éste como en otros casos la causa de los movimientos en la sustancia.

Por otra parte, mientras que nuestros adversarios sacan de la descripcion anatómica del cerebro la consecuencia de que la facultad de pensar no es mas que una propiedad de los diversos movimientos de este conjunto; nosotros vemos en la misma multiplicidad de estos movimientos, en esta sumision del cerebro á la gran ley de la division del trabajo, en la distincion de las funciones desempeñadas por sus diversos órganos, segun su situacion, su estructura, su composicion, su forma, su peso y su extension; nosotros vemos en esta variedad de efectos un argumento en favor de la independencia del alma. Porque la hipótesis de estos fisiólogos no puede en manera alguna conciliar esta complexidad natural del órgano cerebral con la simplicidad necesaria y reconocida del sujeto intelectual. Pronto hablaremos mas especialmente de la simplicidad del sugeto pensante; pero todavía nos resta continuar antes nuestro estudio sobre las relaciones del cerebro y del alma.

Las comparaciones hechas sobre los cráneos hallados en los antiguos cementerios de París desde la reconstruccion de esta capital por el prefecto de Napoleon III, y en particular la diferencia entre los cráneos de las huesas comunes y los de las sepulturas particulares, han probado de nuevo que los indivíduos que por su posicion social son llamados á ocuparse de las artes y de las ciencias, poseen mayor capacidad cerebral que los simples obreros. Las mismas excavaciones han manifestado que la capacidad del cráneo se ha aumentado desde Felipe Augusto (siglo duodécimo). La capacidad del cráneo del negro libre es mayor que la del negro esclavo. Este es un hecho significativo; y que podria (en cierta circunstancia) invocarse en favor de la libertad.

Si tenemos pruebas de que las impresiones exteriores influyen sobre el pensamiento, las tenemos igualmente que establecen que el *pensamiento domina* los mismos sentidos. ¿Cuántos séres dolientes veis sobre la tierra, cuyo

Proclamar que no hay en el hombre otra cosa que un producto de la materia, asimilarle á un compuesto químico y asegurar que el pensamiento es una produccion química de ciertas combinaciones materiales, es un error monstruoso. Todos sabemos que el pensamiento no es un ingrediente de botica; el espíritu y la materia son dos existencias tan completamente extrañas la una á la otra, que las lenguas de todos los pueblos y de todas las edades las han opuesto siempre diametralmente. Las leyes y las fuerzas del espíritu existen, independientemente de las leyes y de las fuerzas del cuerpo. La fuerza de voluntad es muy distinta de la fuerza muscular, la ambicion es muy diferente del hambre; el deseo es muy distinto de la sed. ¿En dónde encontrais la accion de la materia en las leyes morales que rigen la conciencia? Que el cerebro caucásico sea oval, el mogol redondo y el negro prolongado, ¿en qué está asociado el sentimiento humano á las fibras granulares ó cilíndricas? Las nociones de lo justo y de lo injusto ¿qué tienen de comun con el ácido carbónico? ¿Qué relacion tienen un triángulo, un círculo ó un cuadrado con la bondad, la generosidad y el valor? ¿Seria hablar en razon decir que Cromwell tenia 2,231 gramos de inteligencia, Byron 2.238 y Cuvier 1,829 por la razon de que sus cerebros eran respectivamente de estos pesos? En verdad que cuando se procura sondear atentamente el fondo del asunto, se admira uno que hombres acostumbrados á pensar hayan podido llegar hasta el punto de confundir en un solo objeto el mundo del espíritu y el mundo de la materia.

Y por eso nos preguntamos si estos prácticos (1) verdaderamente han profundizado bien el sentido de sus palabras cuando han enunciado proposiciones tales como estas, que forman la base de sus doctrinas:

—Todas las facultades que comprendemos bajo el nombre de propiedades del alma no son sino funciones de la sustancia cerebral. Los pensamientos tienen con el cerebro casi la misma relacion que la bilis con el hígado y la orina con los riñones (1).

—La secrecion del hígado, de los riñones, dice otro escritor que no se atreve llegar enteramente hasta esa comparacion, se ejecuta sin saberlo nosotros y produce una materia palpable; mientras que la actividad del cerebro no puede verificarse sin la conciencia entera: esta no secreta sustancias, sino fuerzas (2).

¿Qué es eso de secretar fuerzas? ¿Serian tan amables que nos lo explicasen?

¿Por qué no secretar *horas* ó *kilómetros*? Pero escuchemos.

—Lo que llamamos cantidad de conciencia, dice un cofrade de otro pais, está determinado por los elementos constitutivos de la sangre. Una prueba de que la produccion de las fuerzas mentales depende directamente de cambios químicos, es que los productos sobrantes que los riñones separan de la sangre, cambian de carácter segun el trabajo cerebral (3).

El pensamiento es un movimiento de la materia. Los movimientos materiales, ligados en los nervios con las corrientes elásticas, son percibidos por el cerebro en calidad de sensacion; esta sensacion es el sentimiento de sí mismo, la conciencia. La voluntad es la expresion necesaria de un estado del cerebro producido por influencias exteriores. No hay voluntad libre (4).

—La misma relacion hay (segun Huschke) entre el pensamiento y las vibraciones eléctricas de los filamentos del cerebro, que entre el color y las vibraciones del éter.

un hecho confirmado. Nada prueba que los efectos observados no tengan por causa un agente diferente. Los electróforos no han podido confirmar todavia en los torpedos, anguilas, etc., ningun rastro de tension, de polaridad, de atraccion. Sir Humphry-Davy no ha podido reconocer ningun desvio de la aguja imantada, ni la menor descomposicion de agua por los torpedos ú otros séres. Es preciso, pues, no apresurarse á hacer afirmaciones, y cantar con tanto énfasis la identidad de la electricidad y de la vida, y sobre todo del pensamiento.

(1) Leyendo las *Leçons sur l'homme* de Karl Vogt no presentiamos, por los elocuentes ejemplos citados, que estas lecciones fuesen empleadas contra el espíritu. Demuestran al contrario, en muchos puntos dignos de atencion, que la accion del espíritu, su actividad, su educacion, su progreso y su obra permanente, influyen considerablemente sobre el volúmen, la forma y peso del cerebro.

(1) Karl Vogt, *Physiologische Briefe für Gebildete aller Ständ*, 206.
(2) Büchner, *Kraft und Stoff*.
(3) Spencer, *First Principles*, 282.
(4) Moleschott, *Kreislauf des Lebens*, II, 156, 181, 190.

Proclamar que no hay en el hombre otra cosa que un producto de la materia, asimilarle á un compuesto químico y asegurar que el pensamiento es una produccion química de ciertas combinaciones materiales, es un error monstruoso. Todos sabemos que el pensamiento no es un ingrediente de botica; el espíritu y la materia son dos existencias tan completamente extrañas la una á la otra, que las lenguas de todos los pueblos y de todas las edades las han opuesto siempre diametralmente. Las leyes y las fuerzas del espíritu existen, independientemente de las leyes y de las fuerzas del cuerpo. La fuerza de voluntad es muy distinta de la fuerza muscular, la ambicion es muy diferente del hambre; el deseo es muy distinto de la sed. ¿En dónde encontrais la accion de la materia en las leyes morales que rigen la conciencia? Que el cerebro caucásico sea oval, el mogol redondo y el negro prolongado, ¿en qué está asociado el sentimiento humano á las fibras granulares ó cilíndricas? Las nociones de lo justo y de lo injusto ¿qué tienen de comun con el ácido carbónico? ¿Qué relacion tienen un triángulo, un círculo ó un cuadrado con la bondad, la generosidad y el valor? ¿Seria hablar en razon decir que Cromwell tenia 2,231 gramos de inteligencia, Byron 2.238 y Cuvier 1,829 por la razon de que sus cerebros eran respectivamente de estos pesos? En verdad que cuando se procura sondear atentamente el fondo del asunto, se admira uno que hombres acostumbrados á pensar hayan podido llegar hasta el punto de confundir en un solo objeto el mundo del espíritu y el mundo de la materia.

Y por eso nos preguntamos si estos prácticos (1) verdaderamente han profundizado bien el sentido de sus palabras cuando han enunciado proposiciones tales como estas, que forman la base de sus doctrinas:

—Todas las facultades que comprendemos bajo el nombre de propiedades del alma no son sino funciones de la sustancia cerebral. Los pensamientos tienen con el cerebro casi la misma relacion que la bilis con el hígado y la orina con los riñones (1).

—La secrecion del hígado, de los riñones, dice otro escritor que no se atreve llegar enteramente hasta esa comparacion, se ejecuta sin saberlo nosotros y produce una materia palpable; mientras que la actividad del cerebro no puede verificarse sin la conciencia entera: esta no secreta sustancias, sino fuerzas (2).

¿Qué es eso de secretar fuerzas? ¿Serian tan amables que nos lo explicasen?

¿Por qué no secretar *horas* ó *kilómetros*? Pero escuchemos.

—Lo que llamamos cantidad de conciencia, dice un cofrade de otro pais, está determinado por los elementos constitutivos de la sangre. Una prueba de que la produccion de las fuerzas mentales depende directamente de cambios químicos, es que los productos sobrantes que los riñones separan de la sangre, cambian de carácter segun el trabajo cerebral (3).

El pensamiento es un movimiento de la materia. Los movimientos materiales, ligados en los nervios con las corrientes elásticas, son percibidos por el cerebro en calidad de sensacion; esta sensacion es el sentimiento de sí mismo, la conciencia. La voluntad es la expresion necesaria de un estado del cerebro producido por influencias exteriores. No hay voluntad libre (4).

—La misma relacion hay (segun Huschke) entre el pensamiento y las vibraciones eléctricas de los filamentos del cerebro, que entre el color y las vibraciones del éter.

un hecho confirmado. Nada prueba que los efectos observados no tengan por causa un agente diferente. Los electróforos no han podido confirmar todavia en los torpedos, anguilas, etc., ningun rastro de tension, de polaridad, de atraccion. Sir Humphry-Davy no ha podido reconocer ningun desvio de la aguja imantada, ni la menor descomposicion de agua por los torpedos ú otros séres. Es preciso, pues, no apresurarse á hacer afirmaciones, y cantar con tanto énfasis la identidad de la electricidad y de la vida, y sobre todo del pensamiento.

(1) Leyendo las *Leçons sur l' home* de Karl Vogt no presentiamos, por los elocuentes ejemplos citados, que estas lecciones fuesen empleadas contra el espíritu. Demuestran al contrario, en muchos puntos dignos de atencion, que la accion del espíritu, su actividad, su educacion, su progreso y su obra permanente, influyen considerablemente sobre el volúmen, la forma y peso del cerebro.

(1) Karl Vogt, *Physiologische Briefe für Gebildete aller Ständ*, 206.
(2) Büchner, *Kraft und Stoff*.
(3) Spencer, *First Principles*, 282.
(4) Moleschott, *Kreislauf des Lebens*, II, 156, 181, 190.

—El pensamiento es una secrecion del cerebro, habia ya dicho Cabanis, hace mas de medio siglo.

—Todos los actos humanos son productos fatales de la sustancia cerebral, decia últimamente M. Taine; el vicio y la virtud son productos como el vitriolo y el azúcar.

Añadiremos á estas proposiciones una última, que parece hecha adrede para explicarlas. Nicole habia dicho con mucha exactitud: Las tonterías mas ridículas encuentran siempre espíritus en relacion con ellas.

Kant habia tenido la idea de sustituir á la realidad del mundo exterior, las ideas puramente subjetivas del espíritu humano. Por el contrario, el autor de *Koerper und Geist*, M. H. Scheffler intenta explicar la generacion del espíritu por la materia. No citaremos su procedimiento algo embrollado, sino el testimonio crítico que da de él el defensor actual del animismo, M. Tissot. En esta hipótesis, dice, «el espíritu es una fuerza de la materia, no una fuerza simple, sino una resultante de las fuerzas simples de la materia *reunidas para* (¡qué misterio en estas dos palabras!) formar el órganismo humano. El espíritu no llega al estado de fenómeno sino en tanto que la materia está organizada en cuerpo humano (¡qué abismo todavía, cuyo fondo no es posible siquiera entreverse!); pero la *tendencia* (¡!) hácia esa organizacion de la materia ó á la produccion del espíritu, existe en la materia.»

La necesidad de admitir la accion de la fuerza se traduce, á pesar de ellos, en todas sus definiciones. Y, ¡qué definiciones! se ha podido juzgar de ellas por los ejemplos que preceden; pero allá va un golpe de luz que puede pasar por el ramillete final de unos fuegos artificiales. «El pensamiento, confiesa Brüchner, el espíritu y el alma no tienen nada de material, no son materia (¡Bravo! ¡buen golpe!) pero es (atencion á esto), es un conjunto complexo de fuerzas heterogéneas formando una unidad, es *el efecto de una accion concomitante de muchas sustancias materiales* dotadas de fuerzas ó de propiedades.» Si exactamente no comprendeis la importancia de esta definicion, aquí la teneis en lengua tudesca: «Der Effect eines zusammenwürkens vieler mit Kräften oder Eigenschaften begabter Stoffe.» Segun la

conclusion juiciosa que saca de ella el doctor Hoefer, es una explicacion digna de figurar al lado de la respuesta de Sganarello: «*Ossabundus: nequeis, nequer, potarium, quipsa milus*, ved ahí precisamente lo que hace que vuestra hija esté muda». ¡Oh sabios! Ya habia dicho Epicuro que la naturaleza de una piedra es caer porque cae... esto ya no es ciencia, es comedia.—El galimatias que se da como una *definicion* del alma, es para nosotros una detestable bufonada. Vamos adelante. Cada uno se divierte á su manera.

Nada hay comparable á estas definiciones como la admirable proposicion de Hegel sobre la identidad del alma y del cuerpo: «La materia es *otra* cosa que el espíritu. El espíritu es *otra* cosa que la materia. Luego ambas cosas son *diferentes*. ¡Luego son los dos una misma cosa!»

Este digno raciocinio; calificado de irrefutable por Hegel, se encuentra en su *Gran Lógica*. ¡Qué famosa lógica, y cuán puro se halla efectivamente el materialismo de todo espíritu!

Como estais viendo, querido lector, no faltan definiciones; solo que todavía tenemos que preguntarnos qué es lo que definen. Cuando menos, nos prueban que estos caballeros no saben mas que nosotros sobre la naturaleza del alma.

Por tanto, acabamos de ver en este capítulo que si por una parte la constitucion física del cerebro está en armonia con el alma y maravillosamente apropiada para que esta alma reciba integralmente las impresiones del mundo exterior, juzgue y trasmita sus propias determinaciones; por otra, la anatomía no puede concluir de aquí que esta alma no sea mas que un producto orgánico; y la filosofía descubre por el contrario, en medio de las incertidumbres y de las contradicciones del materialismo, la accion evidente *del espíritu sobre la materia*.

Hemos visto que la locura no es una afeccion orgánica, sino psicológica, y que el alma tiene su mundo de dolores como su mundo de alegrías. La determinacion es evidente. Sin embargo, ¿es creible que despues de haber considerado la locura como una afeccion fisiológica, se haya ido á parar hasta el extremo de colocar el genio en el mismo rango de

la locura, y que haya hoy un número grande de médicos que consideren el genio como una neurosis?

Solo nuestra época era capaz de tales atrevimientos. «La constitucion de muchos hombres de genio, dice M. Moreau (de Tours) es *realmente la misma que la de los idiotas* (1)» Desarrollando desmesuradamente una tésis del doctor Lelut, el autor pretende que el genio no pertenece al dominio del espíritu sino al del cuerpo! Y ¿en qué base se apoya? En que, dice, ciertos hombres de genio han manifestado estravagancias, excentricidades, distracciones, ó bien fueron de constitucion enfermiza, pequeños, raquíticos, cojos, sordos, tuertos, ó ya víctimas de alucinaciones.

De seguro que es formarse una singular idea del génio creer que consiste en la singularidad de opiniones, en la originalidad, en el entusiasmo ó en el delirio. Parécenos que consiste mas bien en la sublimidad del pensamiento, en la elevacion del alma á las alturas del estudio científico de la naturaleza, en la plena posesion de sí mismo en presencia de las contemplaciones intelectuales.

Esta singular identificacion del genio y de la locura ha sido valerosamente refutada por M. Paul Janet en su sábia obra sobre *el Cerebro* y *el Pensamiento*. Esta teoría, dice, «ha tomado la apariencia por la realidad, el accidente por la sustancia, los síntomas mas ó menos variables por el fondo y por la esencia. Lo que constituye el genio no es el entusiasmo (porque el entusiasmo no puede producirse en los espíritus mas inferiores y mas vanos); es la superioridad de la razon. El hombre de genio es el que vé mas claro que los demás, el que percibe una parte mayor de la verdad; el que puede reunir un número mayor de hechos particulares bajo una idea general, el que encadena todas las partes de un todo bajo una ley comun; el que, aun cuando crea, como sucede en la poesía, no hace mas que realizar, por medio de la imaginacion, la idea que su entendimiento ha concebido. Es propiedad del génio poseerse á sí mismo, y no ser arrastrado por una fuerza ciega y fatal; gobernar sus ideas, y no estar subyugado por imágenes; tener la

(1) *La Psychologie morbide.*

conciencia clara y distinta de lo que quiere y de lo que vé, y no perderse en un éxtasis vano y absurdo semejante al de los fakires de la India. Sin duda, el hombre de genio, cuando compone no piensa ya en sí mismo, es decir en sus pequeños intereses, en sus pequeñas pasiones, en su persona de todos los dias; sino que piensa en lo que está pensando; pues de otro modo no seria mas que un eco sonoro é inintelligente, y lo que san Pablo llama admirablemente *cymbalum sonans*. En una palabra, el genio es para nosotros el espíritu humano en su estado más sano y más vigoroso.»

Entre tanto, aislados en su triste desierto, nuestros apasionados psicólogos extienden la oscuridad á su alrededor y rehusan confesar la existencia de las facultades mas nobles del espíritu. Pretenden ser los intérpretes rigorosos de la ciencia, tener en sus manos el porvenir de la inteligencia, y miran con desden á los pobres mortales cuyo pecho sirve de refugio postrero á la fé de los dias antiguos, á la esperanza desterrada. Fuera de su círculo no hay mas que tinieblas, ilusiones, fantasmas. Tienen en su mano la lámpara de salvacion, sin ver ¡ay! que el humo negro que se exhala de ella trastorna su vision y extravía su camino. Exprimen las cosas á fuerza de brazo para sacar su esencia, y aun cuando consientan en ver que esta esencia no corresponde á lo que esperaban, declaran que «la esencia de las cosas no existe en sí, sino que no es mas que las relaciones que creemos asir entre las trasformaciones de la materia.» Ya no hay mas ley que nuestra imaginacion, ya ni aun hay fuerzas, sino simplemente propiedades de la materia, cualidades ocultas, que, en vez de hacernos adelantar, nos hacen retroceder veinticinco siglos, á los tiempos de Aristóteles. Sus conclusiones son puramente arbitrarias, ni la química ni la física las demuestran, como pretenden darlo á entender. No son proposiciones de geometría que derivan necesariamente unas de otras como otros tantos corolarios sucesivos, sino ingertos extraños que pegan arbitrariamente al árbol de la ciencia. Felizmente para nosotros, no conocen tampoco las leyes del ingerto. Estos retoños mortecinos, de una especie extraña, no son capaces de recibir la sávia vivificante, y creciendo el árbol los olvida en su progreso.

Por esto no ofrecen hoy mas vida que la que ofrecian en tiempo de Epicuro y de Lucrecio, y la posteridad no tendrá nunca el trabajo de coger en ellos flores y frutos. No obstante, si se les oye, se creeria que están tan naturalmente ingertados en el árbol frondoso de la ciencia que se mantienen de su propia vida y son alimentados por sus propios cuidados, como si una madre inteligente pudiese consentir en derramar la flor de su leche en los labios de semejantes parásitos!

Bajo el punto de vista histórico, la actitud magistral que toman delante de los combatientes de la ciencia moderna es curiosa y digna de atencion; forman época, porque si todos no son sabios, algunos de ellos están en las primeras filas de la ciencia, y han presentado trabajos de cierto valor en física, que imponen con ellos y hacen aceptar la falsa metafísica de estos experimentadores.

Ante el resultado de esas tendencias, ante ese hecho brutal de la materializacion absoluta de todas las cosas, ante ese supuesto último término del progreso científico, que es el aniquilamiento de la ley creadora y del alma humana, ¿á qué se reducen las aspiraciones mas nobles de la humanidad, sus creencias mas instintivas, sus concepciones mas antiguas y mas grandiosas? ¿A qué se reducen las ideas de Dios, de justicia, de verdad, de bien, de moralidad, de deber, de inteligencia, de afecto? ¡Todo esto es nada y polvo vil! Todos nosotros, pensadores animados del ardiente deseo de conocer, no somos mas que la evaporacion de un pedazo de grasa fosforada. Admiremos todavía los cuadros espléndidos de la naturaleza, elevemos nuestros pensamientos á esas alturas luminosas que dora el sol en las horas melancólicas del crepúsculo de la tarde, escuchemos las armonías de la música humana, y dejémonos mecer por las melodías de los vientos y de las brisas, contemplemos la inmensidad murmurante de los mares, trepemos á las cimas cándidas y resplandecientes de las montañas, observemos la marcha tan bella é interesante de la vida terrestre en todas sus fases, respiremos el perfume de las flores, elevemos todavía nuestras miradas hácia las radiantes estrellas que se ocultan en los esplendores de la azulada bóveda, pongámonos en comunicacion con la humanidad y su historia, respetemos todavía á los genios ilustres, á los sábios que dominaron la materia, veneremos á los moralistas perseguidos, á los legisladores de los pueblos, y en derredor nuestro permitamos tambien á la amistad reunir los corazones, al amor palpitar en nuestros pechos, al sentimiento de la patria y del honor inflamar nuestra palabra: y en todas estas rancias ilusiones ¿no hay mas que el efecto químico de una mezcla ó combinacion de algunos gases!! ¡Con que es asunto de peso y volúmen en los equivalentes del oxígeno, del hidrógeno, del fósforo, del carbono, que se unen en el crisol cerebral en proporciones mas ó menos grandes!! ¡Con que, virtud, valor, honor, afecto, sensibilidad, deseo, esperanzas, juicio, inteligencia, génio, no son otra cosa que combinaciones químicas!! Sepámoslo de una vez, y adaptemos nuestra vida á esta consecuencia. Detenga sus latidos nuestro corazon, deje nuestra alma de aficionarse á los bienes intelectuales, y no se dirija ya hácia el cielo nuestra mirada, puesto que la vida del espíritu no es mas que un fantasma!—Resignémonos á saber que no somos otra cosa que la secrecion impalpable y sin consistencia de tres ó cuatro libras de médula blanca ó gris!!...